



ALLI, POR DONDE NACE EL RIO OYARZUN

RAMON MUGICA LECUONA

En varios de mis viajes por tierras castellanas, y en una pequeña ciudad, me llamaba la atención una de las joyas artísticas más hermosas, que había visto en mi vida. Siempre que la visitaba, hacía una inspección minuciosa. Sí que había oído hablar de ella, pero quizás sin demasiado entusiasmo. En una de las últimas ocasiones, en esos atardeceres largos de Castilla llevaba paseándome por sus naves más de dos horas, y la verdad es que había perdido hasta la noción del tiempo. Un sacristán, menudito de talla, enfundado en una raída sotana, hizo sonar las enormes llaves que portaba en su mano, insinuándome que era la hora de cerrar, y arrimándose, moviendo sus pequeños y picarescos ojos... ¿Le gusta a Ud., la Catedral, eh?, me dijo. Cada vez viene más gente a verla. Le llaman la «gran desconocida...»

Yo pienso que con la naturaleza pasa otro tanto. Bellos rincones que los tenemos al alcance de la mano, ni hemos disfrutado de ellos, ni nos hemos acercado, en parte, porque en estos tiempos que corremos existe ese afán de querer ver todo lo de fuera, sin conocer lo que tenemos en casa. Nos ha entrado la obsesión por los viajes turísticos, y sin conocer nuestras montañas y sus bellos rincones, nos vamos al Pirineo, a Picos de Europa, Suiza, etc.

Quiero que me acompañéis hoy por un bello paisaje de Euzkalerria, allí por donde nace el río Oyarzun.

... Partiendo del caserío Sorondo empezamos a caminar, subiendo monte arriba, dejamos a la izquierda la txabola de Otraitz, y como está un día espléndido ascendemos al zaria ouz-

purugain para descender en picado al caserío Arlepo remozado y blanco; defendido y rodeado por corpulentos fresnos. A la derecha y en sus pendientes y verdes praderas arriba pacen unas hermosas vacas rojas, con sus exuberantes ubres que nos miran atentas con sus grandes ojos de color de caramelo. ¿Por qué serán tan curiosas las vacas? Más abajo unos caballos. Un caballito retozón quiere, con sus relinchos y brincos, llamar la atención de la yegua que por allí pasta sin dirigirle ni siquiera una mirada, el mozo insiste en sus requiebros, se le acerca, vuelve a relinchar, intenta alguna carantoña, pero después de una mirada desdeñosa, cesa en su empeño y empieza también a pastar.

Vemos al pasar unas enormes rocas que dominan toda la torrentera que vamos a visitar. Son tres piedras enormes, ciclópeas, puestas una encima de la otra, que más que un capricho de la naturaleza parecen un gigantesco monumento o dólmen erigido en honor de algún héroe mitológico.

Al bajar, por el camino sinuoso y complicado del pinar, hablamos de la estampa bucólica de las verdes praderas. Alguien comenta su belleza y menta a Garcilaso y Gabriel y Galán, y llegamos al primer pequeño afluente del río. ¿Primer afluente? Para mí, la primera línea de un pentagrama de hijos de plata donde la naturaleza escribió un gran poema de luz y sonido. Contemplando los escarceos de sus aguas, atravesamos ascendiendo un pequeño pinar, y llegamos a la torrentera central, y para mí aquí, es donde te aturde una amalgama de colores y empieza el río a escribir su sinfonía eterna.

Y viene la primera cascada, que no es larga, ni se mira con avidez en su profundidad, sino que como haciendo un requiebro forma en la roca un gracioso abanico multicolor.

Sigue el regato juguetón y andariego con sus múltiples divisiones, hasta que a la derecha aparece la gran cascada con una caída valiente y audaz, con una corriente fuerte que salta, rompe y rasga en un impresionante salto de unos 30 metros.

Una pareja de tordos salen huidizos de entre la espesura y nos sorprenden con su cercano aleteo. ¡Qué hermoso sitio han escogido para hacer el amor, allá entre los matorrales lejos... del hombre!

Según avanzamos, aparece una enorme roca que parece un centinela que vigila y domina todo el esplendoroso panorama, que tenemos a nuestro alrededor. Y llegamos al escenario central.

La luz ya muy intensa nos deja entrever tras el ramaje, una casita blanca, que antes fue central eléctrica y se denominaba «central de BERIN». Las aguas bajan por allí dando tumbos de roca en roca en forma irregular, descienden como por unas veinte piedras escalonadas y solemnes con la solemnidad de altar mayor, tapizadas de plata y que nos conducen a una especie de pradera donde empieza la más diversa vegetación. Arriba el cielo azul, abajo el torrente, que como todo lo de su alrededor crece y cada vez se hincha, más y más, camina seguro y enfila bajo un rústico puente. Es una de las más bellas estampas que se pueden ofrecer ante nuestra vista.

Los árboles como humillados a ambos lados parecen rendirle pleitesía y sus agua me sonaban en aquel pequeño anfiteatro a una música con fondo de fuga de Bach, retazos de Mendi Mendiyan y la dulzura de una Sinfonía Pastoral.

Suelen decir que todos estos rincones bellos tienen su leyenda. La imaginación popular suele crear ante la belleza inusitada de un paisaje, o hermosos romances o tristes tragedias. Aquello está allí, sin hadas ni leyendas. Lo tenéis muy cerca, si algún día vais por favor no rompáis la bella sinfonía, no rompáis su poesía, hacedlo como en silencio... entráis en el templo de la Naturaleza.

Seguimos el curso del río caminando por un hermoso castañal. Dos enormes rocas obligan a pasar las aguas por un puente romano edificado sobre la roca firme.

Nos sentamos un poco a reposar y un pastor que sin duda va a recoger su ganado nos dice ¡Egunon! ¡Toki edera biño gende gutzi etortzenda onera! Buenos días, Hermoso sitio, pero viene poca gente por aquí. Al volverme y mirarle me acordé del sacristán menudito de Palencia en mi última visita a su Catedral.

